

mina siempre, dure lo que dure, o se tira lo que sobre; no hay otra solución.

El alfarero, revestido de largo y ancho mandil de arpillera con peto que cuelga a su cuello y sujeta a su cintura, toma de la pella una porción de barro proporcional a la obra pensada y la coloca sobre la cabecilla, apoya las manos sobre el entablado para afianzarse, sujeta el pie derecho sobre el rollizo delgado o travesaño que fija las patas del entablado, y que suele tener cerca del borde posterior, y teniendo la pierna suelta, como badajo de campana, le da con el pie izquierdo el primer impulso a la rueda, disponiendo sus manos en hueco con aire sacerdotal, como ungiendo el barro, para coger la pella que ya gira, con todo el amor y el cuidado que su espíritu creador le dicte, momento singular en que su inspiración y fino espíritu de observación se pondrán de manifiesto y la humanidad podrá valorar después si logra, como un dios, darle expresión y vida con sus dedos al pedazo de barro informe que tiene entre sus manos.

Se dice que la rueda y el horno lo inventaron los egipcios, pero no hay duda que antes, mucho antes, el hombre se hizo las vasijas que necesitaba, y se las hizo con menos preparación, así como utilizó los cuencos de animales y vegetales que tuviera a su alcance.

El hombre paleolítico superior no había aún descubierto la cerámica ni practicado la agricultura y la domesticación de los animales. Respecto a la cerámica, se ha discutido mucho alrededor de ciertos hallazgos de cerámica tosca en yacimientos de esa época, y no puede negarse, dice Pericot en su historia, la posibilidad de que el hombre paleolítico fabricase alguna vez tosca cerámica secada al sol y difícil, por lo tanto, de que se haya conservado. Hablando de la cultura posthllstática de la meseta, alude a la cerámica más tosca, negra, encontrada profusamente en algunas estaciones, y dice: «posteriormente se va introduciendo el uso del torno, y con él las formas se hacen más perfectas y surgen otras nuevas, abundando las formas globulares y las vasijas con pie. En la cerámica a torno empiezan las decoraciones pintadas, que son eco de la brillante cerámica ornamental de la misma época en las zonas orientales de la península».

Y ya en época más reciente, durante los siglos XVI, XVII y XVIII, se hacen famosos los alfareros de Talavera y proveen de utensilios a las casas grandes.

Los cacharros, una vez secos, necesitan cocerse para darles solidez y duración, y, según sus usos, necesitan o no el baño vidriado para contener las sustancias que guarden, lo que se logra con una especie de barniz metálico llamado baño, que se les da apoyándolos en el barreño que contiene la mezcla y remojándolos con la mano por dentro y por fuera, poniéndolos después para que se oreen al sol antes de meterlos en el horno, donde se funde el metal, se corre y toma la transparencia y el lustre del vidrio.

El baño que se les da es de una preparación de galena reducida a polvo, llamado alcohol mineral por los alfareros y alcohol de alfareros por los mineros, y resulta de la formación de un silicato de plomo, que constituye al fundirse y correrse un vidriado especial. Los mineros distinguen el llamado ojo de perdiz, finamente granulado, y el de hoja,